hace saber que desde la publicacion del presente se proclama Dictador de Sicilia en nombre de Víctor Manuel.

«G. Garibaldi.

«El Ayudante del general,

«Turr.»

La marcha sobre Palermo fué un movimiento estratégico de los mas notables, por las inmensas dificultades que ofrecia. Avanzar por el camino directo, hubiera sido esponerse á una derrota segura, porque la ciudad estaba bien fortificada, y habia en ella numerosas tropas, y por lo tanto, dirigióse Garibaldi por las montañas, lo cual no dejó de ser muy penoso, pues con frecuencia, se veian los soldados en la precision de arrastrar los pocos cañones que llevaban ó de cargarlos al hombro.

El plan de Garibaldi era entrar en Palermo por la parte Sur, pasando por la línea de los napolitanos, que estaban reunidos en Monreale y Parco, y cuando apareció en las colinas que se elevan frente á estos puntos, el enemigo se retiró á las llanuras, pero reforzado luego con una fuerte columna al mando del coronel Bosco, avanzó resueltamente, á fin de cerrar el paso al invasor. Merced á su hábil estrategia, Garibaldi supo evitar el encuentro; simuló que iba á dirigirse contra Parco, retiróse despues por la parte de Corleone, dejando en el camino al coronel Carini con una escasa fuerza, para figurar que era la retaguardia; cruzó las montañas en la direccion de Milismeri, y llegó á esta plaza el 25. Una vez en seguridad, reunió á todos los voluntarios de Sicilia, y dispuso que el coronel La Masa marchase con ellos á ocupar las alturas que hay entre Parco y Palermo. El comandante napolitano fué sorprendido, y dió órden de atacar á los voluntarios, pero estos se mantuvieron firmes en su posicion hasta el 27, en cuyo dia apareció Garibaldi con su tropa en los alrededores de Palermo, apoderandose desde luego de la puerta de Termini. El general napolitano Lanza acudió presuroso, resuelto á desalojarle, pero todos sus ataques fueron rechazados vigorosamente, y al fin consiguió Garibaldi situarse en la ciudad, ocupando una posicion donde nada debia temer de sus adversarios por el pronto. La escuadra napolitana bombardeó la ciudad, causando muchos destrozos en vidas y haciendas, y de nada sirvieron las advertencias del Almirante inglés Munday, que se hallaba con su flota en el puerto y protestó contra aquella barbárie.

Sin embargo, la guarnicion se habia hecho fuerte en el Palacio real, en las calles cercanas y en los fuertes, de donde no era fácil que la desalojase una fuerza tan reducida como la de Garibaldi, y así es que la lucha se prolongó durante varios dias. Las barricadas se tomaban y recobraban en medio de la mas espantosa carnicería; los combates en las calles se repetian á cada instante, y los napolitanos asesinaban cobardemente á hombres, mujeres y niños para entregarse al saqueo y al pillaje, cometiendo luego toda clase de atrocidades en nombre del rey y de la religion. Apesar de todo esto, Garibaldi luchó y venció, pues enfurecidos los ciudadanos, lanzáronse como tigres sobre las tropas del Borbon, que no pudieron resistir mucho tiempo. La sangre corrió á torrentes, los destrozos en la ciudad fueron inmensos, pero entre las humeantes ruinas, en medio de los lamentos de los moribundos, y dominando el estrépito de las bombas y granadas que reventaban á cada instante, oíanse los gritos de: *¡Viva Garibaldi, nuestro libertador! ¡Viva Victor Manuel! ¡Abajo Francisco de Nápoles! ¡Mueran los Borbones!* Algunas veces, el mismo Garibaldi, rodeado de sus oficiales, defendia alguna barricada batiéndose cuerpo á cuerpo con sus enemigos, y á fé, que ni los antiguos romanos habrian luchado mas heróicamente ni conquistado mas glória.

El general Lanza, desanimado, y perdidas ya las esperanzas de vencer á su enemigo, pensó que mientras ocupase el palacio y los fuertes podria negociar una capitulacion por los buenos oficios del Almirante Munday, y en su consecuencia pidió un armisticio de veinte y cuatro horas á fin de celebrar una conferencia á bordo de uno de los buques ingleses.

La proposicion fué aceptada, porque las tropas de Garibaldi necesitaban algun descanso, sin contar que habia muchos soldados heridos ó enfermos, y el dia 30 se celebró la conferencia. El héroe quedó en aquella ocasion muy agradecido al Almirante Munday y á la nacion

inglesa, por los útiles y eficaces servicios de su representante, pues el bravo marino, cuyas simpatias estaban en favor de Garibaldi y los palermitanos, dió entonces pruebas de ser un hábil y entendido diplomático, por lo bien que llevó á cabo las negociaciones.

A la entrevista asistieron los jefes de las escuadras francesa, americana y de Cerdeña, habiendose discutido las condiciones, segun los respectivos intereses, entre dos generales napolitanos y Garibaldi. Durante la conferencia, ocurrió un incidente muy divertido que escitó la risa de los representantes estranjeros, y del cual haremos mencion aquí. Uno de los generales enemigos, deseando obtener las mejores ventajas posibles, y con el objeto de imponer á Garibaldi, le dijo con altaneria:

—«Debo advertiros que soy un antiguo oficial y que he tomado parte en muchas campañas, pues hacer la guerra, ha sido la ocupacion de la mayor parte de mi vida.

—«Yo os felicito por ello, repuso Garibaldi con acento tranquilo y digno; en cuanto á mí, no he servido mas que una vez en el ejército regular, y no puedo, por lo mismo, vanagloriarme, como vos, de tener tanta esperiencia en el arte de hacer la guerra.

Todos los presentes, menos el aludido, comprendieron la significacion de aquella respuesta, tan cortés al parecer, y en cuanto al otro general napolitano, coloreáronse sus megillas con el rubor de la vergüenza. Garibaldi era tan oportuno en una conferencia como en el campo de batalla.

Habiendóse entablado de nuevo las negociaciones, convínose en otro armisticio, hasta que al fin, se firmó en 6 de Junio un contrato por el cual se obligaban los napolitanos á evacuar á Palermo y el resto de la isla, escepto Mesina, Melazzo y otros puntos de menor importancia, que deseaban conservar á toda costa.

Decir si Garibaldi hubiera conseguido ó no, desalojar á sus enemigos, seria harto aventurado, si bien estaban en contra las probabilidades, pero si puede asegurarse, que conservando sus posiciones hasta la llegada de Medici, que debia venir de Génova con 2500 hombres, se habria apoderado de la ciudad y su guarnicion. Esto es, á no dudarlo, lo que temia el general Lanza, quien circuló el rumor de que iba á

presentarse de un momento á otro el refuerzo esperado, y esto bastó para resolver la cuestion.

A no ser por la energía, la actitud, la prevision y los nobles sentimientos del Almirante Británico, no hubiera quedado ciudad que conquistar, pues las bombas de la escuadra napolitana lo habrian reducido todo á cenizas, pero aun así, nada impedia á Garibaldi plantar la bandera tricolor en aquel informe monton de ruinas, tumba de tantas víctimas, sacrificadas por aquellos que se titulaban soldados de la cristiandad. He aquí lo que dice Dumas al hablar de los sucesos que entonces tuvieron lugar:

«Un francés que vivia en Palermo me presentó un pobre hombre á quien habian aplicado el tormento, debiendose advertir que lo menos que le hicieron, fué atarle los piés y las manos con la cabeza, de modo que formase su cuerpo como una bola, y luego le echaron á rodar por las escaleras del palacio, en las que se habian puesto de antemano clavos muy agudos y trozos de vidrio. La hermána de este infeliz sufrió toda clase de violencias de los soldados napolitanos cuando estos se retiraban, y no contentos aun aquellos monstruos, cortaron la cabeza á su víctima y la arrojaron á la calle.

«Habiendo recibido los realistas órden de hacer frente á los carabineros de Génova, que eran muy buenos tiradores, muchos de ellos penetraron en las casas, y cogiendo á las mujeres y á los niños, les obligaron á la fuerza á marchar delante á fin de resguardarse de las balas enemigas, pero los carabineros que tenian mucha seguridad en la punteria, siguieron tirando con tan buen acierto que solo tocaban á los cobardes soldados, los cuales hubieron de apelar por último á la fuga.»

Tanto las tropas napolitanas como los mercenarios Bávaros, cometieron escesos y crueldades que la pluma se resiste á describir: la siguiente carta, dirigida al general Lanza por el Representante de Suiza, confirma el hecho. Dice así:

«A su Escelencia el mariscal Lanza, jefe de las tropas de S. M. Siciliana.

Palermo, 2 Junio 1860.

Exmo. Señor:

Habiendoseme comunicado por varias personas que la casa de Alberto Tich Holzer, natural de Suiza, esposo de Rosa Bevilacquia, que habitaba en la tienda n.º 22 de la Gran Plaza, habia sido saqueada y quemada, y muerto de un tiro su hijo, de doce años de edad, cuando huia de las llamas, procuré averiguar inmediatamente por mi mismo cual era el paradero del resto de la familia, mas apesar de las diligencias practicadas, no me ha sido posible adquirir noticia alguna. Algunos suponian que Holzer y su familia se hallaban en poder de los soldados, y otros me dijeron que acaso habrian perecido en el incendio del convento de Benedictinas, dado caso que estuviesen allí cuando las tropas pegaron fuego al edificio, pero el hecho es que no pude adquirir ninguna noticia cierta.

A fin de apurar hasta lo último mis pesquisas, trasladéme al convento, atravesando por entre un monton de escombros y ruinas humeantes que exhalan un hedor insoportable, y al preguntar á cuantos encontraba cual era la causa de tantos horrores, todos me contestaron lo mismo, es decir, que al retirarse las tropas al palacio, despues de ser rechazadas en la puerta de Montalto, habian incendiado las casas y muerto á sus habitantes. Al llegar al convento de Benedictinas, enseñáronme el sitio donde estaba el refectorio, y ví muchos hombres que se ocupaban en sacar cadáveres abrasados, que eran los de las personas encerradas allí por los soldados, antes de pegar fuego al edificio.

Entonces pregunté á los enterradores si habia muchos muertos, á lo cual me contestaron que acababan de llevar cuarenta á la fosa, pero que aun quedarian unos veinte, por manera que solo en el convento, contábanse sesenta víctimas. En su consecuencia, y poseido de la mayor ansiedad, me dirijo á V. E. á fin de rogarle se sirva hacer las necesarias indagaciones acerca de la suerte de mis compatriotas, para que yo sepa si han muerto ó están prisioneros.

En este último caso, y en nombre de la humanidad y de la justicia, reclamo una inmediata órden de V. E. á fin de que sean puestos en

libertad mis compatriotas, concediendoseles una compensacion por los daños y perjuicios que hayan sufrido de los soldados napolitanos.

(Firmado) G. C. Hirzel,

«Agente de la Confederacion Suiza.»

La mano del despotismo está enrojecida con la sangre de los inocentes y de los verdaderos patriotas; el que concede cualquiera cosa á un Gobierno irresponsable, lo concede todo; los ciudadanos honrados que saben cumplir con sus deberes, son los que deben velar por la libertad y defenderla.

En la toma de Palermo, hubo muchos episodios tan curiosos como interesantes.

En lo mas recio de la pelea, un sacerdote llamado el Padre Juan, partidario de Garibaldi, se aproximó á las líneas del enemigo, y como comenzase á predicar sobre la union y la fraternidad, un oficial napolitano cogió el fusil de un soldado y le hizo fuego, pero la bala no tocó al santo ministro si bien rompió en dos pedazos el crucifijo que llevaba en la mano. Entonces, un garibaldino disparó contra el oficial, que cayó muerto en el acto, y abalanzandose sobre su víctima, apoderóse de su espada con la intencion de conservarla como un trofeo. El Padre Juan pidió la vaina para sí, sugetóla á la cintura con el trozo que le quedaba de su crucifijo, y se dió por compensado de su pérdida. El incidente produjo su efecto en ámbos partidos, y en cuanto á los napolitanos, siempre supersticiosos, creyeron ver en aquel hecho la interposicion divina en favor del sacerdote y la causa que defendia.

Convendrá dar al lector algunas noticias acerca del Padre Juan, siciliano y capellan de Garibaldi, en reemplazo del malogrado Hugo Bassi. Al desembarcar el general en Marsala, presentóse á él para ofrecerle sus servicios, pero puso por condicion no llevar mas armas que su crucifijo, y con este se le vió en todos los combates hasta que la bandera italiana flotó en el palacio y los fuertes de Palermo. Dumas, que visitó á Garibaldi en Sicilia, refiere la siguiente anécdota, que no deja de ser curiosa y revela la ardiente fé y patriotismo de aquel buen sacerdote.

«En Calatafimi, mientras las tropas descansaban despues de la ba-

talla, llegó el hermano Juan con 150 hombres de su parroquia, á los cuales habia inducido á que le siguieran.

«A la mañana siguiente, el ejército italiano llegó á Alcamo, y ántes de entrar en la plaza, el hermano Juan, que cabalgaba al lado de Garibaldi, le dijo en voz baja:

—«General, no olvideis que estais escomulgado.

—«No lo olvido, hermano, repuso Garibaldi, pero ¿qué he de hacer?

—«Voy á decíroslo, general: estamos aquí en medio de un pueblo religioso hasta la supersticion, y por lo tanto es preciso que al pasar por delante de la iglesia de Alcamo, entreis en ella á fin de recibir la bendicion.

Garibaldi reflexionó un instante, y haciendo una señal afirmativa con la cabeza repuso:

—«Muy bien; haré lo que deseais.

Complacido con esta concesion, el hermano Juan corrió á la iglesia á fin de buscar un cogin para que se arrodillara Garibaldi, hizo todos los demas preparativos, y esperó la llegada del general; pero este, bien porque olvidase su promesa, ó ya porque mudára de parecer, pasó por la iglesia sin entrar, visto lo cual por el buen Padre, salió presuroso del templo, corrió en seguimiento de Garibaldi, cogióle por el brazo y esclamó:

—«¿Qué quiere decir esto? ¿Es así como cumplís vuestra promesa?

—«Teneis razon, repuso Garibaldi sonriendo, he hecho mal y estoy dispuesto á cumplir lo ofrecido.

—«Venid, pues, á la iglesia.

—«Vamos allá, hermano Juan.

«Y así diciendo, aquel hombre temible, que segun los periódicos de Nápoles, *parecia haber recibido del demonio el don de arrojar fuego por los ojos y la boca*, no solo se dejó conducir á la iglesia como un niño, sino que, poseido de ese sentimiento religioso que nunca abandona al hombre, se arrodilló en el primer escalon del templo, ante toda la poblacion y el ejército.

«Esto era hacer mas de lo que habia prometido al Padre Juan, quien viendo el buen giro que tomaban las cosas, penetró en la iglesia con esa vivacidad característica de los italianos, y volviendo á presentarse con el sagrado sacramento, esclamó con voz sonora:

—«Mirad todos; aquí está el vencedor humillándose ante el Altísimo, ante el Dios que solo puede conceder la victória!

«Orgulloso con aquel nuevo triunfo de la religion sobre las armas, el santo Padre bendijo entonces á Garibaldi en el nombre de Dios, de Italia y de la libertad.

. . . . . .

. . . . . .

El actual estado de cosas, admira á esa poblacion supersticiosa, que se moria de hambre bajo el dominio de un virey católico, y que come ahora merced á la proteccion de un general escomulgado. El hermano Juan trataba de esplicar esto á su modo, diciendo, que Pio IX es el Antecristo y Garibaldi el Mesias!»

Con arreglo á lo estipulado, los napolitanos se retiraron por el mar, y de este modo, trasladáronse á otro punto 27.000 hombres que no pudieron defender una ciudad atacada por 3.000, la mayor parte de los cuales eran paisanos armados.